

# Revista de Guimarães

Publicação da Sociedade Martins Sarmento

## ALBORES DE HISTORIA SALMANTINA I. EL PALEOLITICO.

MORAN, César

Ano: 1942 | Número: 52

---

### Como citar este documento:

MORAN, César, Albores de Historia Salmantina I. El Paleolitico. *Revista de Guimarães*, 52 (1-2) Jan.-Jun. 1942, p. 81-100.

---

Casa de Sarmiento  
Centro de Estudos do Património  
Universidade do Minho

Largo Martins Sarmento, 51  
4800-432 Guimarães

E-mail: [geral@csarmento.uminho.pt](mailto:geral@csarmento.uminho.pt)

URL: [www.csarmento.uminho.pt](http://www.csarmento.uminho.pt)



Este trabalho está licenciado com uma Licença Creative Commons  
Atribuição-NãoComercial-SemDerivações 4.0 Internacional.

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/>

# Albores de Historia Salmantina

---

## I

### El Paleolítico

Durante la primera edad de piedra, que llaman periodo Paleolítico o de la piedra tallada, cuya duración concreta sólo Dios conoce, ya vivió el hombre aquí por las cercanías de Salamanca. Los utensilios hallados en las altas terrazas que se extienden desde Pelabravo, Gargavete, detrás del Matadero, Teso de la Feria y Vistahermosa por la izquierda del Tormes; y por la derecha, en los niveles correspondientes, más arriba de la Toma de Aguas y en las cercanías del Cementerio, señalan el paso y el establecimiento de los primeros hombres que por aquí dejaron sus huellas. Pertenecen éstas a la mitad del Paleolítico, a su etapa inferior, que es decir a la más antigua, al periodo que en arqueología se llama Acheulense.

Vivían esos primitivos a orillas del gran lago que cubría el solar de Salamanca y sus alrededores. El Marín y el Cerro de la Salud, esas dos colinas que se hallan al W. de la ciudad, estaban unidos formando un dique bastante más alto que el actual puente de la Salud, y el agua del Tormes, contenida por ese dique, formaba un gran remanso, un lago considerable, un pequeño mar que inundaba el Teso de la Feria, Peabravo, Machacón, Babilafuente, Aldearrubia y, con mayor motivo, los terrenos de nivel inferior, como son Encinas y Caivarrasa de Abajo, Santa Marta y Tejares con Aldealengua. Las gravas que aparecen en todo el territorio mencionado, las cuarcitas o cantos rodados que llegan hasta cerca del alto de Pelagarcía señalan el fondo de ese antiguo lago. Hacia la mitad del Cuaternario, cuando la erosión iba lentamente

produciendo la gran depresión que hoy vemos entre el Marín y el Cerro de la Salud, hombres de la raza de Neandertal se establecieron a las orillas del lago que iba disminuyendo de extensión a medida que la depresión aumentaba.

En el camino de Salamanca a la Flecha se encuentra el *Arenal de Angel*, que no es más que una porción de playa del antiguo mar. Más adelante, partiendo de Aldealengua y siguiendo una línea curva por detrás de Aldearrubia hasta la base del Monte Terrubio, en dirección a Babilafuente, se pisa arena finísima que forma una playa como las mejores del mundo, pero sin mar, porque el mar desapareció. Es la encantadora playa del primitivo mar cuaternario. La corriente del Tormes venía recta desde Alba, a estrellarse en el Teso Terrubio y alturas inmediatas, y en esas orillas iba depositando las arenas en que hoy se hunde quien por allí pasa. Actualmente esa playa queda a varios kilómetros del Tormes que modificó su curso.

En esa época comenzaron a formarse los valles secundarios que afluyen al Tormes como son el Zurguén, el valle o Arroyo de los Milagros, el de la Pinilla y otros.

Los hombres de aquella edad, ligeros de ropa porque la benignidad del clima a ello les convidaba, vivían en el tupido bosque que a las orillas del lago se extendía. Los árboles les proporcionaban frutas más o menos exquisitas, las abejas miel, tiernos pescados las aguas, las aves y los animales selvajes carne sabrosa, pues aquellos primitivos eran excelentes cazadores.

Para sus trabajos elementales de caza y decuartizamiento de la misma, a falta de utensilios de metal, que era absolutamente desconocido, los fabricaban de madera, que no se ha conservado, y de piedra, de los que se han hallado muchos y muy típicos ejemplares, hachas de mano de cuarcita, que están esparcidas por el Museo Arqueológico Nacional, por el Museo Etnográfico de Lisboa y por mi colección (Figura 1). Representa ese grabado una serie de utensilios de aquella lejana edad entre los que se ven hachas de mano ovales con empuñadura lateral, discos planos y cónicos, raederas, algunas muy rodadas y con señales de uso.

Hay ejemplares clásicos y típicos principalmente al centro de la última fila en que aparecen algunos en forma de almendra. Delatan por su forma y por su técnica el nivel llamado Acheulense y principios del Musteriense.

El primero que vislumbró la existencia del Paleolítico en estas cercanías fué H. Breuil (1918), después

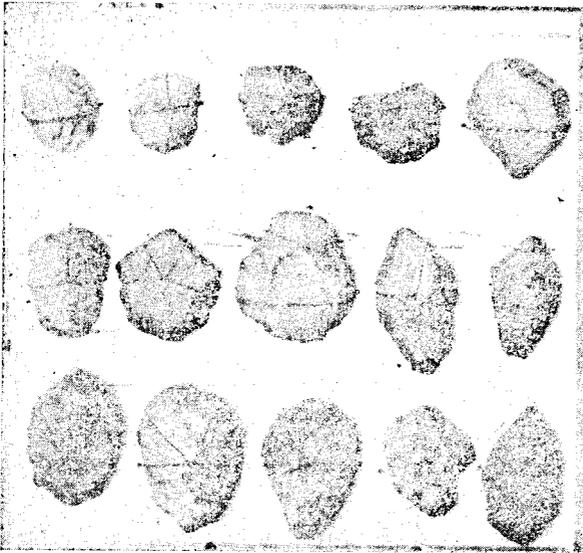


Figura 1.

*Utensilios paleolíticos de las cercanías de Salamanca, usados por el hombre primitivo que acampó a las orillas del gran lago que en otro tiempo inundaba el solar de la ciudad.*

el Sr. Obermaier y yo he seguido las huellas de esos grandes maestros <sup>(1)</sup>.

También hallé piedras talladas en otro punto de la provincia, en el Cerro del Berruero y mandé unas muestras al Museo Arqueológico con los demás objetos allí encontrados. Entonces me contenté con decir: «es dudosa la existencia del Paleolítico en el Cerro, pues

(1) H. Obermaier, *El Hombre Fósil*, Madrid, 1925, pág. 195.

aunque aparecen acá y allá algunas cuarcitas rotas, traídas de lejos, no presentan caracteres definidos por los que puedan clasificarse entre los periodos cuaternarios, quedando la duda de si la rotura es natural o intencionada» (1). Así lo consigné por ser pocos los instrumentos.

El Sr. Obermaier, que vió esos ejemplares en dicho Museo, escribe: «Muestras del Paleolítico inferior (dos hachas de mano de cuarcita) encontradas en mezcla superficial por C. Morán (1923). Conservadas en el Museo Arqueológico Nacional» (2).

También don Juan Cabré las ha visto y, comparando varios yacimientos arqueológicos como el Cerro del Berrueco, el Castillo, el Castillejo y otros poblados pertenecientes al periodo argárico, como los hallazgos claramente lo demuestran, escribe lo siguiente: «El P. Morán en su citada Memoria apenas concedió importancia a las cuarcitas que descubrió en el Berrueco, según se desprende de sus palabras (3). Y prosigue el mismo autor: «dos de dichas cuarcitas las trajo al Museo Arqueológico de Madrid, con los demás objetos descubiertos en sus excavaciones, donde figuran con los números 35.215 y 35.216.

«Dos de dichas cuarcitas» (el Sr. Cabré las presenta en fotografía y en dibujo) «acusan la forma de hacha triangular con el reverso casi plano y saltados determinando dos vertientes por el dorso, talón recio en el cual se conserva parte de la corteza del canto, cuya cuarcita es de mala calidad y color amarillento...

«Según nuestro modo de entender, las dos deben clasificarse como postpaleolíticas y coetáneas de la industria en cuarcita de El Castillo, porque así lo abonan los referidos documentos argáricos del Berrueco, similares a los de Cardeñosa.»

---

(1) C. Morán, *Excavaciones Arqueológicas en el Cerro del Berrueco*, Memoria N.º 65 de la Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades, Madrid, 1924, pág. 10.

(2) H. Obermaier, loc. cit.

(3) J. Cabré, *Instrumentos tallados en cuarcita en el Argárico de la provincia de Avila*. Sociedad Española de Antropología, Etnografía y Prehistoria, tomo X, 1931, pág. 314.

Ningún inconveniente hay en admitir que en los poblados de la edad del Bronce, cuando los metales tenían que ser forzosamente raros y por eso no podían estar al alcance de todas las fortunas, muchas gentes humildes se verían obligadas a echar mano de la piedra tallada o pulimentada, según los casos y las necesidades del momento. Desde luego no me pareció el Berrueco una estación paleolítica y por eso me resistí a creer en aquellas piedras talladas, que mandé al Museo sólo a título de curiosidad, de información completa y de posibilidad remota.

A pesar de lo consignado anteriormente, dada la pátina, la forma y teniendo en cuenta descubrimientos análogos, los aludidos instrumentos del Berrueco parecen ser indudablemente del Paleolítico inferior, tal vez del Musteriense. Así lo creen ahora el Sr. Cabré y el abate Breuil, según referencias verbales del primero.

En todo el resto de la provincia, que he recorrido con cuidado, no he descubierto más vestigios de piedras talladas, con lo cual no pretendo decir que no existan, sino sólo que no he topado con ellas.

Al fin del Paleolítico pertenecen algunas pinturas rupestres de las Batuecas; otras, de la misma localidad, son más modernas como lo indica su esquematización, y encajan ya en el Neolítico (1).

## II

### El Neolítico

Hasta el momento presente no conocemos en Salamanca ningún poblado del Neolítico puro por falta de excavaciones en lugares que puedan proporcionarlo. Tales son los castros, abundantísimos en esta tierra,

---

(1) Hernández-Pacheco, *Dos nuevas localidades con pinturas prehistóricas en las Batuecas (Salamanca)*, en la Sociedad Española de Antropología, t. 1.º, 1922, pag. 202 y siguientes. Véase también H. Breuil, *Les peintures rupestres de la Péninsule Ibérique, IV; La Vallée peinte des Batuecas (Salamanque)*; *L'Anthropologie*, vol. XXIV, 1918-1919.

cumbres fortificadas, mesetas colocadas en parajes inaccesibles, que suelen llevar los nombres significativos de castros, castillos, mesas, atalayas, bastidas. De esas denominaciones unas aluden a su finalidad defensiva, otras a su forma y posición en las alturas. Algunas de esas fortalezas hay que atribuir las al período Neolítico; se puede afirmar *a priori*. El fundamento de esta aseveración es el considerable número de dólmenes, 45, que hay en esta provincia, en mejor

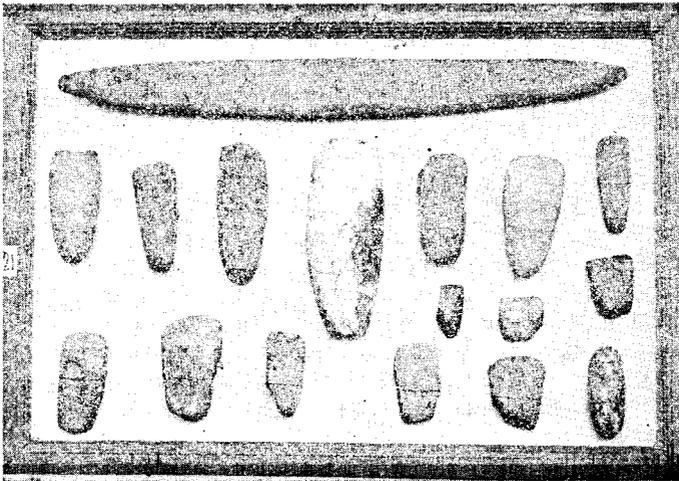


Figura 2.

*Hachas y objetos neolíticos de que se servían nuestros antepasados antes de descubrir los metales.*

o peor estado de conservación, prescindiendo de otros muchos cuya desaparición está comprobada. Esta densidad de dólmenes acusa una población numerosa que no se improvisa en poco tiempo, sino que tenía ya raigambre en épocas anteriores.

En aquellos tiempos los habitantes dueños de una región escogían su morada en lo alto de una colina donde fácilmente pudieran defenderse de enemigos que en cualquier momento podían presentar-se. No es que viviesen habitualmente en la fortaleza; los neolíticos pastoreaban sus ganados, labraban los campos,

sembraban porciones de terreno, recogían las mieses y hasta cultivaban la industria y el arte. La fortaleza, el castro, la bastida era lugar de refugio para no hallarse, en caso de invasión, a merced del primer advenedizo, ni en condiciones iguales a campo raso,

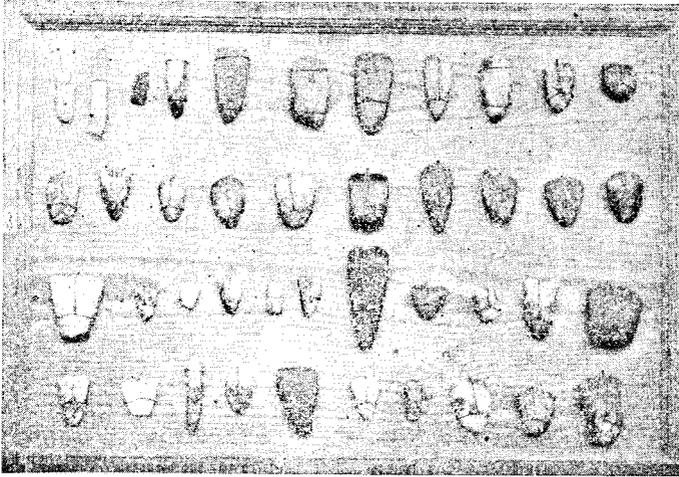


Figura 3.

*Instrumentos cortantes de piedra pulimentada que el vulgo llama «piedras de rayo» por figurarse que caen de las nubes durante la tempestad.*

sino con las ventajas que ofrece una posición estratégica.

Al Neolítico pertenecen muchos utensilios de piedra pulimentada hallados en la provincia (fig. 2, 3 y 4) que son los que dan nombre al periodo, aunque no sean los que principalmente le caracterizan. Gran parte de ellos son del Cerro del Berrueco, población extensísima como no hay otra en toda la región, tiene su origen en el Neolítico, atraviesa las épocas siguientes y se asoma hasta la conquista romana, que es cuando desaparece. Así lo demuestran los hallazgos. Es el único castro salmantino en que se han realizado excavaciones dos veces bajo mi dirección; la primera por cuenta propia, gracias a D. Juan Muñoz, de Béjar, que pagó los gastos; los objetos que entonces apare-

cieron están en mi colección; la segunda fué por cuenta del Estado y los objetos se mandaron al Museo Arqueológico Nacional.

Los útiles de piedra allí encontrados son variados y múltiples; los hay grandes, pequeños, planos, cilíndricos, cónicos, prismáticos, rectos, curvos, triangulares, rotos, íntegros, de corte fino, de corte romo y mellado

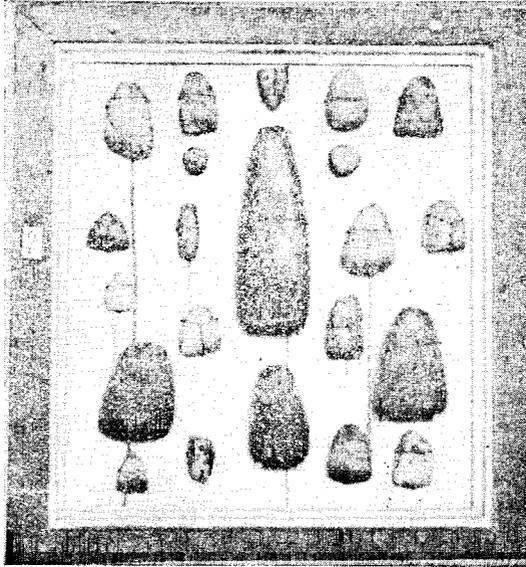


Figura 4.

*Hachas e instrumentos líticos que dan idea de la lentitud con que nuestros predecesores acometían sus ordinarias faenas.*

por el uso. Son hachas neolíticas pulimentadas en toda la superficie por lo general, aunque también se ven algunas pulimentadas en parte, junto al corte, y el resto tallado a golpes. Las hay de fibrolita, de serentina, de diorita, de sílex, de granito, de pizarra. Algunos ejemplares aparecen con rayas o estrias paralelas en sentido longitudinal; otras tienen una muesca o hendidura transversal que sospecho serviría para sujetar el mango. D. Claudio Coll, médico de Peñaranda de Bracamonte, posee un ejemplar que

presenta una figura humana estilizada, grabada con profunda línea, semejante a las que se ven en las pinturas rupestres. En el museo de Agustinos de Valladolid hay una hachita enmangada con metal que deja asomar el corte de piedra bien afilado.

Un utensilio extraordinariamente largo, 61 centímetros, es el que se presenta en la figura 2 arriba. Se halló en Lumbrales, al occidente de Salamanca. Tiene, como puede verse, punta por ambos lados. Será, como la mayor parte de estos útiles, instrumento de trabajo en la paz y arma en tiempos de guerra; del mismo modo que las rejas de arado, las barras, tenazas y cualquier clase de hierro ha servido a nuestros antepasados para las dos faenas según las circunstancias.

Mucho abundan por Salamanca estos instrumentos de piedra y, a juzgar por el apego, fe y devoción supersticiosa con que los campesinos los conservan, se puede un preguntar si algunas de esas hachas se vienen transmitiendo de padres a hijos desde los tiempos en que eran de uso corriente, es decir, desde el Neolítico. En mi colección hay más de un centenar, más de otro centenar he mandado al Museo Arqueológico por haber sido halladas en excavaciones oficiales y rara es la casa de labrador salmantino donde no hay por lo menos un ejemplar para fines folklóricos.

Después de la invención de los metales, los instrumentos de piedra tuvieron que seguir en uso durante muchos siglos. La rutina, la economía, la dificultad de proporcionarse materia prima, que en un principio tuvo que ser grande, son razones que justifican esa supervivencia.

### III

## Los Dólmenes

Los dólmenes o monumentos megalíticos son sepulcros del hombre prehistórico (1). Se componen de

---

(1) Las únicas noticias acerca de los dólmenes de Salamanca se hallan en *Prehistoria de Salamanca*, por el P. César Morán, publicada en *O Instituto*, revista de la Universidad de Coimbra, vol. 73. En esa obrita se da cuenta del hallazgo, situación

un círculo de piedras hincadas y de una galería o corredor adyacente, orientado entre saliente y mediodía. Esto era como el esqueleto o armazón. Sobre ese conjunto de hincones aglomeraban tierra y piedras hasta formar una colina artificial que tapaba por completo las piedras hitas. En todos los que no están en terrenos cultivados se conserva el túmulo, o parte de él, vestigio de esa montañita artificial, de esa mámoa, de esa motilla, de esa terroña. Se puede asegurar

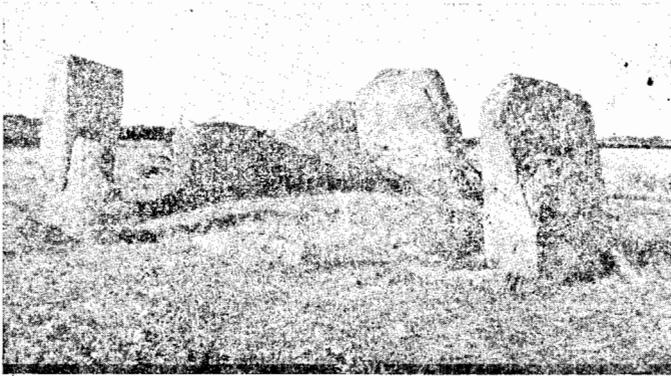


Figura 5.

*Dolmen de Zafrón en que se nota el círculo de grandes piedras que forman la cámara sepulcral donde eran sepultados los primates de antaño.*

que en esta región todos los dólmenes estuvieron primitivamente cubiertos de tierra. De todos los que he explorado en Salamanca y en Zamora, más de cincuenta, ninguno tiene cubierta-tapadera de la cámara sepulcral, como la tienen por otras regiones; probablemente nunca la han tenido. Sólo uno, el de Sobradillo, que por cierto ya no existe, ofrecía duda sobre el par-

---

y descripción externa de algunos dólmenes. El estudio interno de los mismos y del ajuar en ellos encontrado puede verse en *Excavaciones en los Dólmenes de Salamanca*, del mismo autor, Memoria de la Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades, número 113, Madrid, 1931. Otras dos Memorias, sobre Dólmenes descubiertos y explorados más tarde, se hallan inéditas en el Museo Arqueológico Nacional.

ticular; una piedra inclinada contra otras que estaban de pie podría considerarse bien como vestigio de tapadera, bien como uno de los hincos caídos. Sobre la galería o corredor si que conservan algunos dólmenes las primitivas cobijas o travesaños. Podrá decirse que las grandes cubiertas han desaparecido. Es posible, pero también es mucha casualidad que ninguno conserve algún claro vestigio de su existencia.

En el círculo que marcan las piedras hitas es donde sepultaban los cadáveres (inhumación), o sus cenizas (cremación) con el ajuar funerario. Ese círculo o cámara funeraria, que se nota bien en la figura 5, suele tener un diámetro de 3 a 9 metros, y la galería contigua, un metro de ancha por cuatro a ocho de larga.

Todos los dólmenes conocidos por esta tierra son de un solo y único tipo, el que reseñado queda; un círculo con una sola cámara y su galería de acceso. No hay por acá el tipo de falsa cúpula que existe por Andalucía y por otras regiones, aunque otra cosa digan algunos libros. El megalitismo del país no es exagerado, como puede apreciar-se en la figura 6; la piedra más alta de nuestros dólmenes no pasa de cinco metros, y lo corriente es que no lleguen siquiera a tres.

El pueblo del campo salmantino designa estos monumentos con los nombres siguientes: *teriñuelo*, *tiriñuelo*, *turruñuelo*, *terroña*, *turrión*, *torrejón*, *torrecilla*, *castillo*, *casa del moro*, *de la mora*. Por estos nombres ha de preguntar el investigador que quiera encontrarlos.

Los dólmenes son los monumentos más antiguos que se conservan en nuestra tierra, las primeras manifestaciones de la arquitectura que tan bellas manifestaciones dejó por aquí más tarde. Parece que los salmantinos debieran mirarlos con algún interés.

Estos sepulcros, depositarios de la cultura de preteritas edades, son como anillos de la cadena de nuestra historia, eslabones que enlazan los tiempos neolíticos, fecundos en inventos de altísimo interés para la humanidad, con la edad de los metales, época en que aquellos inventos se desarrollan, progresan y florecen.

Los constructores de dólmenes vislumbraban, aunque confusamente, la inmortalidad del alma, se imagi-

naban una vida después de la presente y obraban de acuerdo con esa creencia construyendo grandes y costosos mausoleos para eterna morada de los muertos, que tal vez habían vivido en una gruta del terreno o en una choza de ramaje apoyada en el tronco de una encina. Como casi todos los pueblos antiguos y algunos de los actuales, entre éstos los gitanos que merodean

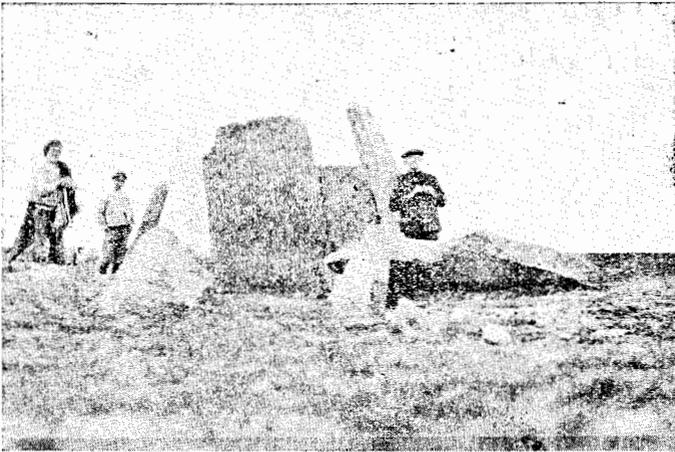


Figura 6.

*Dolmen de Lumbrales, llamado de la Navalito, donde se pueden ver restos de la galería señalada con pequeñas piedras que avanzan hacia el espectador, y la cámara al extremo opuesto.*

por nuestros territorios, sepultaban al pie del cadáver o de sus cenizas las alhajas usadas durante la vida, para tenerlas a mano en el momento de la resurrección, para no hallarse desprovistos, sino bien equipados y poder seguir entonces la vida normal, la nueva vida que se imaginaban semejante a la de acá. Además de los útiles de trabajo, depositaban con el muerto armas ofensivas y defensivas para hacer frente a los peligros del gran viaje al otro mundo y durante la permanencia en él. También ponían comida a lado del muerto, comida ritual, porque, «si no había muerto del todo», si tenía otra vida, necesitaría alimentarse. Otros muchos objetos acompañaban al difunto en su última

morada, ídolos, fetiches, cerámica, adornos corporales, recipientes de piedra, etc.

Como siempre ha habido ricos y pobres, eso mismo sucedió en la Prehistoria. Unos dólmenes son sepulcros de ricos, y en ellos aparecen verdaderos testimonios de su riqueza; otros son de pobres, y no encierran nada o casi nada, sin que en muchos casos pueda pensarse en despojos anteriores.

Los objetos ritualmente colocados en los dólmenes constituyen el ajuar funerario; son verdaderos archivos, depósitos, colecciones, museos que la antigüedad ha conservado cuidadosamente para ponerse en comunicación con nosotros y para descubrirnos así muchos secretos íntimos de su vida y costumbres, que de otro modo seguirían siendo enigmas impenetrables.

Lo que con mayor frecuencia se ve en los dólmenes salmantinos son señales de fuego, ceniza, carbones y tierra quemada; bien fuese para incinerar los cadáveres, bien para sacrificios, o para otros fines. En segundo lugar mencionaremos los huesos humanos que no todos los dólmenes contienen. Nunca se halla el esqueleto en forma de inhumación, sino los huesos partidos, en montones de pequeño espacio y juntas las partes heterogéneas del cuerpo como son trozos de cráneo y porciones de tibia. Otras veces se ven los huesos ya enteros, ya fragmentados, esparcidos por el fondo del dolmen, con frecuencia a lado de una gran piedra y, entre ellos, mezcladas las ofrendas fúnebres. Nunca se halla un esqueleto completo ni en huesos íntegros ni fragmentados; sólo partes de él. Esto hace pensar que el cadáver estuvo antes depositado en otro lugar, en un pudridero, llamémoslo así, hasta que llegó el momento de dar, a una porción de los huesos, sepultura definitiva en el dolmen. Se han encontrado huesos de jóvenes y de viejos, de niños y de mujeres, y, según el testimonio de los técnicos, no hay marcadas diferencias entre aquellos pobladores y la raza actual.

Señales de cremación de cadáveres los he visto en un solo dolmen que dió huesos humanos calcinados. Esto induce a creer que en otros dólmenes, donde no hay ningún vestigio de esqueleto, es porque ha sido incinerado y sólo sepultaron las cenizas. Siempre

había pensado que la cremación explicaba esa falta de huesos, y este hallazgo de última hora confirma mi sospecha. M. de Chatellier dice que «en la aurora de los tiempos históricos y algo anteriores, la religión de los muertos acomodaba fácilmente a los dos ritos de inhumación y de incineración» (1).

También se encuentran huesos de animales, principalmente dientes de caballo, sacrificado quizás al morir su dueño; otras veces son huesos de conejo y

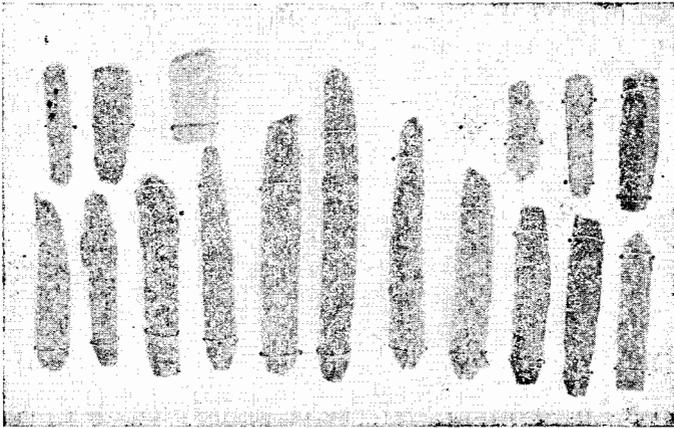


Figura 7.

*Cuchillos de pedernal, de cortes vivos y de puntas penetrantes, que servían para usos caseros al fin de la edad de piedra y principio de los metales.*

de caza, vestigios probablemente de viático o comida del difunto.

Un elemento muy abundante, que señala el aspecto más antiguo de los dólmenes, es el hacha neolítica en todas sus fases, tamaños, materias y formas. Las hay rotas intencionadamente, tal vez por aquello de *nadie las mueva*, o nadie las utilice después de muerto el dueño. Se encuentran hachas votivas, piedras con su corte y pulimento, pero de materia frágil, que no sir-

(1) M. de Chatellier, apud Déchelette, *Manuel d'Archéologie Préhistorique*, t. 1.º, p. 465.

ven ni han servido nunca para el trabajo. Entre las verdaderas se han hallado en algún dolmen hasta doce hachas neolíticas, alguna de gran tamaño, en cuya presencia exclamó uno de los asistentes: Esta sería del jefe de la tribu. Algún raro ejemplar aparece perforado, otros son largos y estrechos como espátulas, con corte arqueado y con la punta opuesta aguda como un punzón.

Cuchillos de sílex (fig. 7) se encuentran en la mayor parte de los dólmenes. Casi todos son curvos, con la curvatura natural que les dió el núcleo de que proceden. Sólo he hallado dos rectos. Los hay de todos los matices, aunque son blancos la mayor parte. Los más largos miden 20 centímetros. Suelen tener excelente corte, doble filo y agudísima punta. Algunos en vez de corte presentan dientes como una sierra. Hay dolmen que no da de sí más que un solo cuchillo y tal vez roto; otros en cambio guardan hasta 25 ejemplares. Eso puede depender de la riqueza del muerto manejada por sus allegados supervivientes; es posible que no tuviese más que uno de esos utensilios, y ése le acompañó a la tumba; quizás tenía muchos y el heredero los destinó a otros fines. Esos cuchillos de pedernal son instrumentos de paz y de trabajo. Las hachas ya hemos dicho que pueden considerarse con doble finalidad, como utensilios de trabajo principalmente y, en caso oportuno, como armas de combate para la guerra.

Las flechas de pedernal en cambio parecen estar destinadas a la caza y a la guerra, si es que no se empleaban también como instrumentos de cirugía. Se hallan con frecuencia en los dólmenes de Salamanca en mayor o menor cantidad. Son de sílex y de muy variadas formas; con pedúnculo, sin él, con aletas rudimentarias, otras veces con aletas bien desarrolladas, también sin aletas en absoluto, triangulares, anchas, estrechas, con corte dentado, alguna vez casi recto, unas de punta roma y otras de punta fina como la de un alfiler. Ofrecen esas flechas los mismos matices de color que los cuchillos porque están fabricados de la misma materia. No están pulimentadas como las hachas; están talladas a presión por medio de otras piedras, y asombra la habilidad de aquellos artistas que

podieron labrar objetos tan diminutos sin romperlos. Resultan verdaderas obras de arte, comparables a las que se tallaron en Egipto y Dinamarca al fin del uso de la piedra. El tamaño de las flechas, instrumentos menudos, suele medir entre 20 y 60 milímetros de largo y de 9 a 28 de ancho. Estas puntas se sujetaban al extremo de un palo para emplearlo como lanza (1), o se arrojaban con arco que se utilizó desde el Paleolítico, como puede verse en las representaciones rupestres de cazadores y guerreros de la *Cueva de la Saltadora* y *Barranco de Valltorta (Castellón)*, en *Alpera (Albacete)* (2) y en otras localidades de la Península. También se encuentran en los dólmenes raspadores triangulares, que recuerdan por su forma y su tamaño los microlitos del Capsiense.

Fuera de los dólmenes se han hallado, en el pueblo llamado Cristóbal, unas pocas hojas de lanza de tipo avanzado, quizás contemporáneas del metal. Las hallaron gentes indoctas y no se conserva más que una, salvada del olvido por Don Juan Muñoz, de Béjar, que la tiene como oro en paño, como venerable reliquia de la antigüedad (fig. 8). Es de sílex, excelentemente tallada, de gran tamaño, inconfundible con las hachas de los dólmenes. Una muesca lateral señala el punto por donde se sujetaba al mango, tal vez en forma de alabarda. Es plana con punta y cortes, semejante a los puñales escandinavos neolíticos.

Son frecuentes en nuestros dólmenes las piedras con pila. Esta, de muy variadas dimensiones, se presenta unas veces en el centro de una gran piedra, otras



Figura 8.

*Hoja de sílex tallado, encontrada en Cristóbal (Salamanca) con otros bellos ejemplares que fueron destruidos. Propiedad de D. Juan Muñoz, de Béjar.*

(1) Véase J. de Morgan. *L'Humanité Préhistorique*, pág. 140.

(2) H. Obermaier, *El Hombre Fósil*, 1925, págs. 137 y 287.

veces ocupa toda una cara y una vez aparece en la misma esquina saliente de una piedra, lo que parece cosa rara. De todos estos modelos hallé en el dolmen de Castro-Henriquez (1). Otra pequeña pila, o plato de granito en forma de bandeja alargada (fig. 9), encontré en el dolmen de Castraz. Todos estos recipientes se dan la mano con el que apareció en Matarrubilla (2) y



Figura 9.

*Plato de granito, alargado y de poco fonde, descubierto en el dolmen de Castraz de Yeltes.*

con otros de dólmenes extranjeros. Servirían estas pías para colocar la comida del muerto, quizás para depositar transitoriamente ciertas porciones del cadáver; digo transitoriamente porque en ninguna hallé más que tierra. Podrían servir para sacrificios o ceremonias fúnebres que, como veremos, se celebraban en los dólmenes.

No es raro hallar en el interior del dolmen pequeños recintos en forma que quiere ser cuadrada, de medio metro de lado, compuestos de pequeñas piedras hincadas y cubiertos con su tapadera. Registrados convenientemente esos nichos, en unos de Terradillos se encontró una pequeña pizarra con su pillita y fuera, a lado, una hachita de piedra y una rodaja de pizarra

(1) Morán, *Excavaciones en los Dólmenes de Salamanca*, pág. 45.

(2) Obermaier, *El Dolmen de Matarrubilla*.

del tamaño de una moneda de 10 céntimos con líneas enigmáticas. El otro de Castraz no se halló nada digno de mención y sólo a su lado estaba el mencionado plato o bandeja.

Piedras afiladoras y otras esféricas que sirvieron para machacar son utensilios caseros que acompañan al difunto.

En las mismas piedras dolménicas aparecen hoyos hemisféricos y líneas grabadas que representan seres humanos estilizados.

Como amuletos aparecen algunos fetiches, piedras con profundas líneas en que se adivina lejanamente la forma humana. Lo que más abunda en este sentido son prismas hexagonales de cuarzo, blanco generalmente, alguna vez ahumado. La frecuencia con que se hallan estas piedras traslúcidas induce a creer que las colocaban como talismanes, dotados de alguna virtud, protectores de las tumbas. No tengo noticia de que en dólmenes de otras regiones aparezcan prismas de esta clase, que en Salamanca y en Zamora se considera como algo ritual y constante.

Los principales objetos de adorno corporal que proporcionan los dólmenes son cuentas de collar con que se embellecían aquellas viejas gentes. Son de muy diversos tamaños, desde tres centímetros hasta medio milímetro de largas. Están perforadas para enhebrarse con un hilo; unas son de pasta dura y otras de piedra pulimentada, de diversos colores, principalmente verde, de malaquita. El orificio pocas veces es regular como lo que hoy se practican; la mayor parte son bicónicos, con el vértice en el centro. Esto demuestra que comenzaban a perforar, con un instrumento, cuya punta ensanchaba rápidamente, primero por un lado, después por el otro, hasta encontrarse en el centro de la pieza y, como no siempre coinciden por no seguir el eje, tardan más de lo conveniente en encontrarse. Las cuentas de collar no sólo engalanaban el cuello de las mujeres, que ya en aquellas épocas antiguas sentían análogas aficiones a las mujeres de hoy, sino que también adornaban el fuerte y velludo pecho de los ancianos, de los jefes, de los hombres sesudos, como se puede deducir de los primitivos actuales que pueblan las regiones de Africa y de Oceanía.

La cerámica de nuestros dólmenes es generalmente lisa, de color rojo u oscuro, de forma esférica, quiero decir sin base plana que sirva de asiento; los vasos que la tienen plana constituyen una excepción; a pesar de ello se sostienen bastante equilibradamente. No aparecen señales de torno y, en cuanto a la cochura, hay dos grupos, los bien cocidos y resistentes, y los mal cocidos que se desmoronan al frotarlos sencillamente con la mano y humedecidos en agua. Muchos se ven



Figura 10.

*Vasijas esféricas procedentes de los dólmenes.*

cocidos al aire libre donde el fuego les daba más por una parte que por la otra y resultan con quemaduras esporádicas. Ordinariamente las vasijas se hallan rotas en mil pedazos, quizás por ceremonia ritual, desde luego no es por presión de la tierra porque entonces todos los trozos estarían juntos. Alguna vez después de revolver y cribar toda la tierra de un dolmen, no se encuentran más que tres o cuatro fragmentos, que constituyen una pequeña porción de un vaso. En algún dolmen, de los no profanados, ni siquiera se hallan vestigios de cerámica. En mis excavaciones sólo he hallado cinco vasijas completas, de pequeñas dimensiones, cazoletas y cuencos, algunos sin gracia ninguna, no son más que un casquete esférico; otros tienen una estrechez a la mitad de su altura y eso les da ya un aire de variedad y de gusto (fig. 10).

Los que aparecen decorados lo están por zonas horizontales alrededor del vaso. En algún fragmento se descubren hasta nueve zonas decoradas alternando con otras zonas lisas. La decoración es incisa, deter-

minada por líneas rectas, quebradas, meandros, hechos por el procedimiento del Boquique; otras veces son puntos poco profundos, y también simulando tejidos, como si el vaso biando se hubiera metido en un molde de esparto que dejó sus varitas señaladas en la superficie. Un trozo hallado en el dolmen de Aldeavieja tiene las profundas líneas rellenas de pasta blanca, como los que han aparecido en Los Alcores, en Ciempozuelos, en Los Millares y en Paimella (Portugal), que delatan la cultura eneolítica. Esta decoración, en que resalta lo blanco sobre fondo oscuro, acusa la presencia del vaso campaniforme, de origen hispánico, que en esta época se extendió por Europa hasta Budapest. Ya antes había encontrado esta forma tan artística en el Cerro del Berrueco y últimamente la encontré en un dolmen de Vidriales, al norte de Zamora. Otros adornos que se aprecian en las vasijas dolménicas, marcados siempre con líneas incisas, señalan triángulos, zonas verticales, dientes de sierra, hojas de acacia y semicírculos que parecen los precursores de la pintura en cerámica ibérica. No faltan ejemplares en que aparece toda la superficie rayada con toscas líneas a granel sin plan fijo. Hay trozos del borde superior o de la boca más gruesos que el resto de las paredes, inclinado ese borde hacia fuera con cierta gracia en forma de cáliz o de campana. Muchos tienen brillantes partículas de mica, y no faltan los que contienen gruesas arenas de tierra mal cernida.

Las asas se reducen a mamelones o pequeños salientes para apoyar las manos. Esos mamelones están perforados alguna vez de abajo arriba como para pasar una cuerda y llevarlos colgados. Son precursores del asa que más tarde llegó a ser tan elegante. Algunos presentan perforada la misma pared de la vasija.

Lo mismo que los dólmenes, la cerámica que acabo de reseñar enlaza los tiempos neolíticos con la edad de los metales.

(Continúa).

P. CÉSAR MORÁN

Agustino.